Antón Costas

Una incómoda verdad

Y si, a pesar de la ordinariez del personaje, Donald Trump nos estuviese revelando una verdad política incómoda a los ojos de los partidarios de la globalización comercial sin trabas?

Esa verdad podría ser que, después de dos décadas de una hiperglobalización que tuvo ganadores y perdedores, ahora nuestros países necesitan una mayor dosis de equidad y de inclusión social. Para ello el péndulo del ciclo de la historia necesita virar. Pero esto no debe sorprender. Ni asustar. De la misma forma que la naturaleza tiene ciclos (día-noche; verano-invierno), también la historia tiene ciclos político-económicos (librecambismo-proteccionismo; desigualdad-igualdad).

Cuidado, no estoy diciendo que Trump vaya a traer esa mayor equidad e inclusión social. Al contrario, es posible que el resultado de sus políticas acabe siendo una mayor desigualdad e injusticia social. Lo que digo es que Trump ha sabido oler mejor que los políticos tradicionales –tanto conservadores como socialdemócratas y liberales– esa demanda de mayor equidad.

En la reunión de ministros de Economía y Finanzas del G-20, el grupo de países más ricos y las principales economías emergentes del mundo, celebrada este pasado fin de semana en Baden-Baden (Alemania), los representantes de la nueva Administración norteamericana se han opuesto a que en la declaración final constase ningún tipo de repudio al proteccionismo. A la vez, han exigido que se introdujese el término *fairness*, equidad en las relaciones comerciales entre países.

Esa exigencia de equidad podría llevar a proponer algunas rectificaciones en los tratados de comercio y a introducir medidas que corrijan los superávits comerciales excesivos que tienen algunos países, como es el caso de Alemania y China. Estos desequilibrios comerciales mundiales no pueden continuar mucho tiempo sin que la estabilidad económica y política mundial sufra convulsiones. Ya fue el presidente norteamericano Obama quien, en sus primeros años de presidencia, recordó a Angela Merkel que Alemania no podía pretender vivir eternamente de venderle cosas a Estados Unidos.

Los temores a que esas medidas sean la señal de alarma de una nueva etapa de proteccionismo y nacionalismo económico, y de la consiguiente quiebra del sistema liberal vigente desde la Segunda Guerra Mundial, son exagerados. Algo similar ocurrió ya en los años ochenta. La coincidencia de la estanflación (estancamiento económico, desempleo e inflación) en los países occidentales y el superávit comercial excesivo de Japón llevó a introducir medidas comerciales correctoras. Algunos hablaron entonces de un "nuevo proteccionismo" y de quiebra del sistema liberal de comercio. Pero lo que vino a continuación, en los noventa y primeros años de este siglo, fue una nueva etapa de globalización y de crecimiento del comercio mundial.

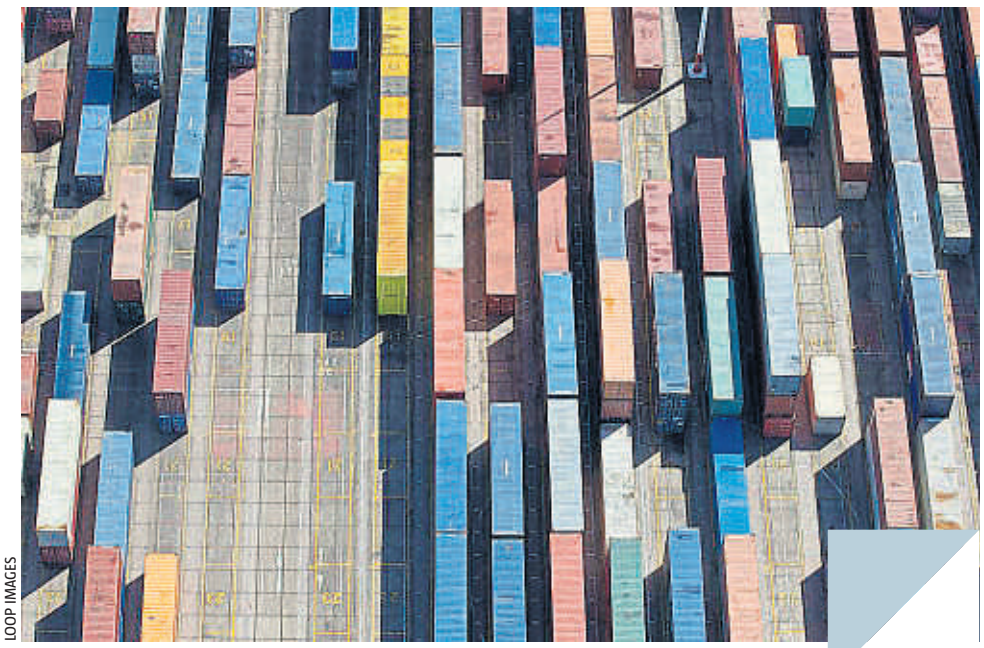
En todo caso, Estados Unidos había cambiado antes de la llegada de Trump. Lo único que él ha hecho es convertirse en mensajero de ese cambio de ciclo político económico.

El repliegue de las grandes multinacionales norteamericanas tradicionales había comenzado ya antes de la llegada de Trump. Y por razones muy prosaicas: la rentabilidad de sus inversiones en el exterior está cayendo desde hace años. Las medidas de Trump anunciando presiones y castigos, pero también ayudas, subvenciones y exenciones de impuestos para que las automovilísticas, farmacéuticas y otros sectores manufactureros vuelvan a producir en casa les vienen muy bien a esas grandes multinacionales.

Otra señal clara de cambio del ciclo político-económico es lo que está ocurriendo con el comercio mundial y el crecimiento. Después de casi medio siglo en el que el comercio creció siempre por encima del PIB mundial, ahora es el PIB el que crece más que el comercio mundial.

Este giro nos está diciendo algo importante. El futuro del crecimiento y del empleo dependerá más del consumo y de la inversión interna que del comercio mundial. Lo estamos viendo ya en China, donde el impulso al crecimiento viene ahora más de la demanda interna. Y, de forma incipiente, lo vemos también en Europa. Con España como señal más clara. Pero eso no significa que vaya a disminuir la importancia del comercio internacional.

Donald Trump acierta, a mi juicio, en la necesidad de atemperar algunos aspectos y consecuencias de la globalización comercial sin trabas. Aunque lo haga con formas rudas, un lenguaje soez y unos valores deleznables. En todo caso, los norteamericanos podrán echarlo, si quieren, dentro de cuatro años. Pero, mientras, habrá contribuido a hacernos ver una, para muchos, incómoda verdad: que nuestras sociedades necesitan una mayor dosis de equidad e inclusión social. Y que para ello son necesarias algunas medidas correctoras de la actual globalización.●



LOOP IMAGES

Para lograr más equidad e inclusión social son necesarias algunas medidas correctoras de la globalización comercial

A. COSTAS, *catedrático de Economía de la Universitat de Barcelona*

Pilar Rahola

Taxis

Ni proteccionismo cerril, ni liberalismo salvaje, sino el punto medio, un territorio donde puedan conciliarse las nuevas modalidades de transporte con el tradicional entramado de taxis de nuestras ciudades.

Es decir, ni blindaje contra los ubers y el resto de opciones de última generación, ni abandono de los taxis a su suerte, fácilmente devorados por estos grandes depredadores que lógicamente les amenazan. El tema es muy complejo y la prueba de ello es que ha generado controversia en todos los países donde el fenómeno se instala. Hoy mismo leía un artículo de Eduardo Behrentz, en *El Tiempo* de Colombia, en que se planteaba la misma dicotomía y lo hacía en estos términos: "La solución definitiva empieza por reconocer que Uber llegó para quedarse, pero debe jugar limpio", al tiempo que aseguraba que todos los actores involucrados –taxistas, Uber y Gobierno– estaban cometiendo grandes "desatinos". Y si bien hay países donde estos nuevos modelos están sólidamente instalados, también es un hecho que en todas partes han provocado grandes sacudidas.

Lo primero es inapelable: no se puede impedir la llegada de estas nuevas modalidades de transporte, claramente ventajosas para el consumidor. Es aquello tan manido de la inutilidad de poner puertas al campo, especialmente en un siglo XXI donde las apps y las nuevas tecnologías facilitan considerablemente las necesidades del consumidor.

El taxi no podrá competir con estos gigantes que usan prácticas devoradoras para dominar el mercado

Mi colega colombiano pone un ejemplo preciso: "Prohibir Uber, Netflix o Airbnb sería equivalente a haber vetado el ingreso de los cajeros automáticos en los años 70". Pero dicho esto, también es fundamental recordar que tenemos una red de taxis que da de comer a miles de conductores, la mayoría de ellos autónomos y con varios miembros de la familia implicados. Más allá de los mayoristas –muy discutibles por sus prácticas laborables, por ejemplo, quedarse el 60% del sueldo del conductor, o usar conductores que no tienen conocimiento del país, ni del idioma–, el resto de taxistas representa un sector económico de cooperativas y de pequeños autónomos que deben pagar impuestos muy considerables y trabajar doce horas de media. Es imposible que puedan competir con estos grandes gigantes que utilizan prácticas devoradoras para hacerse con el mercado. Y que, no lo olvidemos, se llevan sus beneficios fuera del país. Permitir su llegada sin ningún factor que reequilibre la situación sería tanto como dejar en desamparo a miles de taxistas. De ahí que sea comprensible el enfado y la preocupación en el sector.

En este punto, lo que no puede ocurrir es justamente lo que está ocurriendo: la inoperancia política que, ante la complejidad de la situación, decide usar la técnica del avestruz. Es la Administración la que debe establecer un territorio de encuentro donde sea posible conciliar las dos prácticas, sin destruir un sólido entramado económico que da vida a miles de familias.●

Jordi Llavina

El odio a la poesía

En *Paterson*, de Jim Jarmusch, el joven conductor de autobuses del mismo nombre –admirador del magno poema de William Carlos Williams del mismo nombre y residente en la ciudad del mismo nombre– escribe poemas a hurtadillas; por ejemplo, poco antes de empezar su jornada laboral, sentado al volante. Resulta enternecedora esa secuencia en la que, en los minutos previos al primer trayecto, el encargado llama a la puerta del coche del protagonista para indicarle que ya puede arrancar, y entonces intercambian unas palabras: mientras el hombre parece regodearse en el relato de sus pequeñas desgracias familiares, Paterson no dice nada. Solo asiente.

Recuerdo, en mi primera juventud –y casi me largo del cine a media proyección, por la indignación que me produjo–, la famosa *El club de los poetas muertos*. Me pareció que esa, a mi juicio, funesta historia –tramposa, cuando menos– bastardeaba todo misterio lírico con el pringoso lodo de las palabras mayúsculas: *Libertad, Amor, Revolución*... El secretísimo poeta Paterson se me antoja la antítesis perfecta del histriónico profesor encarnado por el malogrado Robin Williams, acicate de conciencias juveniles e incipientes talentos... Paterson, además, no tiene ninguna intención de publicar sus versos, pese a la machacona insistencia de su mujer. Es más, cuando el execrable bulldog con el que convive la pareja hace trizas el cuaderno en el que está escrita toda la poesía del protagonista, estoy convencido de que este, en su fuero interno, siente rabia por haber perdido su obra (convertida en sabrosa merienda para el vengativo chucho, al que, en realidad, Paterson detesta), pero, a la vez, una gran liberación por no tener que darla jamás a la luz pública. En esos poemas masticados e inservibles está, en forma de aborto más que en ciernes, el poeta ideal que nunca se sabrá que lo fue.

Alpha Decay acaba de publicar *El odio a la poesía*, de Ben Lerner. La tesis es que sentimos odio hacia la escritura lírica por la imposibilidad que nos embarga al pergeñar un poema, o incluso al leer uno de autor reconocido. Es la insalvable distancia entre la Poesía –el canto– y sus realizaciones imperfectas: "El poema es siempre el registro de un fracaso". Por eso, según Lerner, odiamos la poesía, pero insistimos en ella. Paterson, con sus versos convertidos en papel masticado, odia la poesía y la ama más que nunca.●